

Ciencia, acción y articulación social: una mirada desde John Dewey¹

José Ramón Orrantía Cavazos

Coltán. Un semiconductor utilizado en la mayor parte de los dispositivos tecnológicos modernos por tener poco carácter covalente, por lo cual permite controlar la cantidad de electricidad que se puede transmitir —flujo eléctrico— y que en informática se traduce en los pulsos binarios de 0 y 1 (lenguaje con el que funcionan todos los dispositivos tecnológicos). Para extraer el mineral, cientos de niños trabajan diariamente en el Congo en condiciones cercanas a la esclavitud, peligrosas e insalubres. Las minas de coltán son operadas por grupos paramilitares, y los pocos escrupulos de los fabricantes de teléfonos, computadoras, consolas de videojuegos y demás —quienes buscan adquirir el mineral al precio más bajo posible (el coltán australiano está “libre de conflicto”, pero es más caro)— promueven la reproducción de las condiciones de opresión y violencia: labor infantil, violación multitudinaria de mujeres, desmembramientos, guerrilla y fortalecimiento de milicias y carteles de droga (en Colombia); contaminación del agua y destrucción de bosques, riesgos de enfermedades crónicas y muerte por intoxicación, explotación indiscriminada de los recursos naturales de países en desarrollo —lo que deja a estas naciones permanentemente pobres y sin plan definido de reinversión de la riqueza generada.

Por su contraste, salta a la vista el impresionante control que hemos logrado adquirir sobre fenómenos como la movilidad de los electrones y la diferencia de cargas en los núcleos de los átomos de cada elemento (el coltán es un compuesto de columbita y tantalita); y el casi nulo control de las consecuencias de los procesos de fabricación y comercialización de los dispositivos tecnológicos que usamos día con día. Podríamos pensar que es por la gran diferencia entre ambos tipos de problema, siendo que el primero es un problema de las

¹ Investigación realizada gracias al Programa UNAM-DGAPA-PAPIIT IN403017 “Sofística y pragmatismo”.

ciencias llamadas duras, relacionado con regularidades naturales de entidades materiales; mientras que el segundo, de las llamadas ciencias sociales, en las que si bien intervienen entidades naturales y aspectos técnicos, éstos interactúan con comportamientos humanos que, por su complejidad, son difíciles de reducir a regularidades calculables.

No es así para John Dewey, para quien —sin pretender reducir los métodos u objetos de estudio de las ciencias sociales a los de las naturales— la separación artificialmente introducida entre hombre y naturaleza puede ser un factor inmovilizador.² Para el filósofo estadounidense, los problemas del conocimiento no pueden limitarse a cuestiones de orden teórico, sino que tienen un carácter práctico, por lo que no podemos mantener más la separación entre conocer y hacer. La inteligencia es vista como intervención práctica en un entorno, por lo que se prioriza la acción y se resalta el carácter práctico de la realidad.³

Así, en este artículo relacionaremos la teoría de la ciencia de John Dewey —según la cual en el seno de la actividad científica se ha efectuado una dañina escisión entre la adquisición de conocimiento y el quehacer o la práctica científica— y su propuesta democrática sobre la creación de públicos capaces de poner coto a las consecuencias resultantes de transacciones entre agentes sociales. Para ello, utilizaremos, por una parte, su noción de instrumento como aquello que permite efectuar relaciones y reconstruir aspectos de la realidad que no están dados en ella de antemano, y, por otra, la iluminadora distinción que junto con Bentley hace entre *interacción* y *transacción*, la cual arrojará luz sobre el tipo de métodos que podríamos utilizar para comprender el entramado complejo de los fenómenos sociales y, de esta manera, proyectar alguna forma de control social a través de la creación de públicos y asociaciones comunitarias.

De lo empírico a lo experimental

La ciencia moderna adquiere prestigio por una especie de doble proceso: por tradición y por rompimiento:

1. Por tradición, en tanto continúa una tendencia de corte racionalista que concibe al pensamiento como actividad intelectual que, aunque puede

² Cf. John Dewey, *La opinión pública y sus problemas*. Madrid, Morata, 2004, pp. 150-151.

³ Cf. J. Dewey, “El arte de la aceptación y el arte de dominio”, en *La busca de la certeza*. México, FCE, 1952, pp. 68-70; J. Miguel Esteban, “La ciencia como tecnología en John Dewey”, en *Diánoia*, año XIV, 1999, núm. 45, p. 140.

tener manifestaciones externas, es independiente de y tiene supremacía sobre la acción. La ciencia, desde esta perspectiva, se encarga del conocimiento de objetos racionales, inmutables y superiores, es decir, de una realidad *antecedente* fija e independiente de los asuntos prácticos contingentes y del acto mismo de conocer. Es una epistemología del espectador.⁴

2. En contraste, el proceso de rompimiento significa que se sustituye una concepción del conocimiento “por naturaleza” —*observación natural* u observar las cosas “tal como son” natural y originariamente— por otra del conocimiento “por arte”, en el sentido de perfeccionamiento técnico de los métodos y formas de investigación y dominio de cosas mutables, de órdenes de cambio. En otras palabras, un paso del conocimiento empírico como observación pasiva de la naturaleza al conocimiento experimental, en el cual los hechos son *producidos* o *deliberadamente* llevados a cabo de acuerdo con una hipótesis. Las situaciones empíricas a ser observadas son construidas a través de dispositivos, instrumentos y aparatos que intentan producir determinadas consecuencias relevantes y efectivas de acuerdo con una idea o plan. La superación de la *observación natural* a través de la *construcción* experimental y tecnológica de lo observado equivale a la superación de la dicotomía entre hacer y conocer.⁵

Este doble origen del prestigio de la ciencia moderna, sin embargo, crea una tensión incommensurable y que se tiene que resolver en uno u otro sentido. Para Dewey, es necesario superar la noción del conocimiento (científico) como *theorein*: contemplación de realidades fijas dadas de antemano, ciencia desinteresada (el conocimiento por el conocimiento mismo) que lleva implícita la supremacía del conocimiento contemplativo sobre su aplicación instrumental, práctica, y por ello mismo su desvinculación.⁶

Desde la perspectiva del estadounidense, es la segunda tendencia la que tiende a prevalecer sobre la primera, y gran parte de su proyecto filosófico está enfocado al estudio de esta oposición. De acuerdo con él, los datos no proporcionan información neutral y final sobre el fenómeno observado, sino que son medios, indicaciones, signos, pruebas o claves que pueden ser interpretados y manipulados. La ciencia moderna significa la posibilidad práctica de producir o evitar un cambio en el mundo a través de la acción deliberada,

⁴ Cf. J. Dewey, “The quest for certainty”, en Susan Haak, ed., *Pragmatism Old and New*. Nueva York, Prometheus Books, pp. 382-384.

⁵ Cf. J. Dewey, “By nature and by art”, en *The Journal of Philosophy*, vol. 41, núm. 11, mayo, 1944, pp. 282-286; J. Dewey, “El arte de la aceptación y el arte de dominio”, en *op. cit.*, pp. 75-78.

⁶ Cf. J. M. Esteban, *op. cit.*, p. 140.

mediante un instrumento de investigación.⁷ En consonancia con lo anterior, Dewey concibe a la tecnología no como aplicación de la ciencia, sino que la ciencia es para él un modo de la tecnología en tanto es a través del instrumento que se reorganiza la experiencia.

El instrumentalismo de John Dewey

Dewey critica y abandona una concepción de la verdad como referencia a una realidad antecedente⁸ para abrazar la de una verdad condicionada: toda proposición es una hipótesis acerca de algún estado de cosas, lo cual implica dudar sobre su verdad y significa que se requieren actividades de investigación para ponerla a prueba. Los significados de las proposiciones no se agotan en su referencia al pasado. Más bien, las proposiciones tenidas por seguras sólo son resúmenes de investigaciones y pruebas previas que refieren a posibles consecuencias proyectadas, quedando así sujetas a revisión e investigaciones futuras para probar su afirmación.⁹

Si la inteligencia tiene un carácter práctico en tanto es la posibilidad de intervenir en un entorno, de actuar con fines-a-la-venta temporalmente especificables, el instrumento jugará para Dewey un papel insoslayable, en tanto reorganiza la experiencia y permite una transformación controlada o dirigida de una situación. El instrumento, de esta manera, permite efectuar relaciones que no estaban realizadas anteriormente en la existencia.¹⁰

Entendamos el instrumento de manera amplia y no sólo como artefacto: cualquier herramienta que nos permita realizar una transformación controlada de la experiencia, desde los dispositivos físicos, pasando por las herramientas lingüísticas y simbólicas, instrumentos pedagógicos y la misma teoría científica. Una idea, teoría, hipótesis o cualquier otro instrumento implica una intención de producir una diferencia en las cosas, y podemos decir que conocemos cuando la idea produce la diferencia correcta, es decir, la diferencia proyectada que satisface las necesidades y posibilidades por las cuales uno ha sido llamado a hacer algo.¹¹ Entonces, la realidad siempre es una *realidad-por-conocer*, “[...]”

⁷ Cf. J. Dewey, “By nature and by art”, en *op. cit.*, pp. 86-87; J. M. Esteban, *op. cit.*, p. 143.

⁸ “[...] un enunciado es verdadero si establece las cosas como ‘en realidad son’, pero, ¿cómo son ellas ‘en realidad?’”; “La dificultad concerniente a lo ‘verdadero’ de la proposición es sólo traspasada a lo ‘real’ de la cosa” (J. Dewey, “Truth and consequences”, en S. Haak, ed., *op. cit.*, pp. 342-343).

⁹ Cf. *ibid.*, pp. 346-347.

¹⁰ Cf. J. M. Esteban, *op. cit.*, p. 153.

¹¹ Cf. J. Dewey, “El carácter práctico de la realidad”, en *La miseria de la epistemología: ensayos de pragmatismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 159-161.

una realidad que sea el objeto adecuado del conocimiento, es una realidad de usos-y-no-usos [...]”;¹² es decir, la realidad cobra forma en y por medio del operar activo del conocer, y una realidad que no tenga implicaciones en el usar, en el actuar, que no tenga de alguna manera un carácter performativo, es indiferente epistémica y moralmente (pues los juicios epistémicos y morales versan sobre consecuencias proyectadas).

El carácter práctico de la realidad

Lo anterior podría significar que la pretendida neutralidad epistémica y moral de la ciencia es puesta en duda, lo cual —queremos sostener— no significa devaluarla ni mucho menos. El hecho de que las afirmaciones científicas se inscriban dentro de un marco que limite su alcance epistémico no las hace menos racionales. Tampoco la posibilidad de juzgar moralmente los conocimientos científicos —en tanto relacionados sistémicamente con valores, creencias, prácticas, etcétera— implica que la ciencia se conciba como pastoral. Las concepciones puristas, de carácter positivista, reproducen una imagen de la ciencia como desvinculada tanto de la aplicación técnica de ésta como de los fines prácticos en los que la ciencia es utilizada, y por lo mismo como desvinculada de sus consecuencias.

Tal proceder —característico de la ciencia entendida como *theorein*—, por el contrario, podría ser considerado como una irresponsabilidad teórica y práctica: teórica en tanto que los diferentes factores que intervienen en el proceso de formación de una teoría son desvalorizados como irrelevantes; práctica en tanto que la falta de reconocimiento de los intereses detrás de la práctica científica, los valores intrínsecos a ella, los alcances de su aplicación, por mencionar algunas cosas, significa impotencia para prever y por tanto controlar las consecuencias de la ciencia y su aplicación técnica en los ámbitos laborales, ecológicos, económicos, políticos y sociales.

En contraste, y como ya mencionamos, para el pragmatismo instrumentalista de John Dewey el conocimiento puede entenderse como acción que participa activamente para que un cambio tenga lugar de la forma requerida: *conocer es hacer*. De acuerdo con esto, para Dewey una idea es práctica en el sentido de ser intenciones o programas de trabajo, indicaciones de cómo la “realidad” podría ser modificada, (re)construida de forma que se ajuste a lo que la idea pretende. Así, lo que llamaríamos “verdad” no sería deseable en sí, sino porque conduce a consecuencias deseables o “buenas”. En este sentido, una idea será considerada “buena” o deseable si produce las consecuencias

¹² *Ibid.*, p. 162.

proyectadas de acuerdo a una plan o programa de trabajo, y es en relación a éste que se podrá juzgar en qué consiste la deseabilidad o “bondad” de las ideas: en ser eficaces, económicamente rentables, satisfacer determinados criterios morales, mostrarse útiles, provechosas o beneficiosas en situaciones específicas y en general en realizar o actualizar las posibilidades proyectadas más bien que las no previstas o las que parecen refutar la idea misma. Lo que nos interesa dejar claro es que, para Dewey, no se pueden definir de antemano estos criterios, pues no hay realidad antecedente a la que refieran indefectiblemente.

En otras palabras, es la importancia práctica de las ideas la que les confiere un valor. Una idea será “verdadera” si funciona, si nos conduce a lo que proyecta o intenta decir.¹³ Y de acuerdo con esto, el sentido de una proposición no es preguntarse si refleja la verdad, sino preguntarse “¿Qué significaría creerlas? ¿Qué sucedería si lo hiciese? ¿A qué me comprometería?”,¹⁴ lo cual parece más una decisión sobre qué hacer que una cuestión de la exactitud de la representación. La “verdad”, entonces, no es fija, estática ni dada de antemano, sino construida, dinámica y práctica,¹⁵ y el buen juicio consiste en adaptar la herramienta adecuada al problema, en elegir los recursos dependiendo de la tarea, para provocar los cambios o consecuencias requeridos en el medio y efectuar los ajustes y adaptaciones pertinentes.¹⁶

Interacción *vs.* transacción

¿Cómo podemos, entonces, juzgar y poner a prueba las ideas en tanto que hipótesis de trabajo? Por sus consecuencias, las cuales no pueden ser reducidas a aquellas de carácter epistémico: el que una consecuencia sea “buena” —en el sentido expuesto— significa que es de hecho producida por la operación de esa idea. Reducir el control de las consecuencias o diferencias a lo epistémico sería no reconocer los efectos prácticos de las ideas y, en ese sentido, carecer de controles para sus efectos perniciosos o simplemente no deseables.¹⁷ Y este

¹³ Cf. J. Dewey, “Qué entiende el pragmatismo por ‘práctico’”, en *La miseria de la epistemología: ensayos de pragmatismo*, p. 82.

¹⁴ Richard Rorty, *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid, Tecnos, 1996, pp. 244-245.

¹⁵ Cf. J. Dewey, “Qué entiende el pragmatismo por ‘práctico’”, en *op. cit.*, pp. 85-86. En sus trabajos tardíos, Dewey abandona la noción de *verdad* para adoptar la de *asertibilidad garantizada*.

¹⁶ Cf. J. Dewey, “El carácter práctico de la realidad”, en *op. cit.*, pp. 161-162.

¹⁷ Ian Hacking señala la similitud de la postura de Dewey con el constructivismo social de la ciencia (cf. J. M. Esteban, *op. cit.*, p. 138). Ahora, una de las características del constructivismo es: “El tratamiento del conocimiento científico como construcción social implica que no hay nada epistemológicamente especial acerca de la naturaleza del

mismo tipo de control de los efectos, piensa el pragmatista, puede ser aplicado a las consecuencias resultantes de transacciones sociales.

Antes de abordar la manera en que Dewey piensa que se puede abordar el tratamiento de las consecuencias deseables y no deseables de las relaciones sociales, veamos qué entiende por interacción y transacción y cuál es la diferencia entre ellas:

En primer lugar, la interacción es la investigación de las conexiones entre entidades bien definidas dentro de sistemas cerrados, y el resultado de la acción y reacción de estos objetos unos sobre otros. En contraste, la transacción es la investigación de un evento en la totalidad de sus conexiones sistémicas y la descripción del comportamiento de los elementos del sistema en tanto aspectos o fases de la acción.

En cuanto a los supuestos ontológicos, en la interacción las entidades —entendidas como partículas o átomos independientes— son formas de existencia separadas que inter-actúan mecánicamente. Ontológicamente, son en sí omitidas del proceso de interacción, si no es como accionando y reaccionando con otras entidades de forma mecánica. Los diferentes inter-actores ya son entidades completas previamente a su acción, son *hechos* o cosas que entran en interacción. El conocimiento de estas cosas es independiente del conocimiento de su accionar. En cambio, en la transacción no hay atribución a elementos, entidades, realidades o esencias independientes o separables del proceso mismo de accionar. Las diferentes entidades actuando unas sobre otras no pueden ser entendidas previa o independientemente de este actuar. Ontológicamente, ningún constituyente del sistema puede ser adecuadamente considerado como un *hecho* independientemente de la presencia y acción de los otros: las cosas *son en acción* y, en ese sentido, no hay distinción posible entre cosas y acciones ni entre conocer y hacer, no hay actores que actúan, sino acciones o *accionares*.

Respecto a los marcos de referencia, en la interacción el marco en que actúan las entidades es formal, absoluto y fijo; está exento o más allá del proceso mismo de interacción, es independiente y antecedente a éste y es condición de posibilidad del inter-accionar de las entidades. En la transacción, no existe un marco absoluto y fijo dentro del cual actúen las entidades. Las de-

conocimiento científico: es únicamente uno en una serie de culturas de conocimiento” (Trevor J. Pinch y Wiebe E. Bijker, “The Social Construction of Facts and Artifacts: Or How the Sociology of Science and the Sociology of Technology Might Benefit Each Other”, en Wiebe E. Bijker, Thomas P. Hughes y Trevor J. Pinch, eds., *The Social Construction of Technological Systems*. Cambridge, MIT, 1993, p. 19. Mi traducción). Y si bien en Dewey podemos encontrar una postura similar, a través de afirmaciones de tipo falibilista, también es cierto que la evaluación de la mayor o menor adecuación de los conocimientos al contexto social específico dependería de máximas pragmáticas.

finiciones y descripciones de marcos y entidades están siendo constantemente re-determinadas o re-consideradas por las mismas relaciones de trans-acción.

En cuanto a los supuestos ontológicos, en la interacción el conocimiento consiste en *seccionar* aspectos de la realidad para modelarlos en sistemas cerrados, de forma que se puedan seleccionar y controlar las variables y los elementos dentro del sistema. Es el método de simplificación característico del proceder de la ciencia moderna. En la transacción, por el contrario, el conocimiento requiere la aceptación del sistema común de trans-acción. Aquí se revela la influencia hegeliana sobre Dewey, de forma que la realidad no puede ser entendida de manera sustancial, sino como realidad relacional: no hay realidad sustancial antecedente, sino que las relaciones tejen el entramado mismo de la realidad, y conocer las cosas es conocer el entramado en tanto red de trans-acciones.

Dewey da un ejemplo paradigmático de cada uno estos sistemas: el sistema newtoniano como ejemplo paradigmático de sistema de interacción, en el cual partículas o cuerpos independientes interactúan mecánicamente en un sistema cerrado en el cual el tiempo y el espacio son el marco de referencia fijo y absoluto. En cuanto a sistema de transacción o transaccional, Dewey refiere como paradigma el tratamiento relativista que Einstein hace del tiempo y el espacio (que no quedan inalterados en el proceso mismo de accionar).¹⁸

Por último, en el campo político las teorías de corte individualista entrarían dentro de la clasificación interaccional, pues los individuos atomizados (con los intereses que los motivan) existen previa e independientemente de la interacción, y su interactuar consiste en la interferencia que ejercen unos sobre otros al perseguir sus intereses.¹⁹ Desde una perspectiva trans-accional, de manera muy diferente, dentro del campo político no tiene sentido hablar de individuos que establecen relaciones, sino que, inversamente, las relaciones con los otros son condición de posibilidad de realizar una re-construcción de la experiencia común desde la cual se pueda dar cuenta del sentido de individualidad.²⁰

Como podemos ver en esta exposición, ambos modelos son instrumentos que permiten ordenar, (re)construir o modificar la “realidad”, y ninguno carece

¹⁸ Podríamos pensar que esta es una mala interpretación de la teoría general de la relatividad de Einstein, debido a que en ella sí encontramos un elemento cuya invariabilidad es condición para que pueda formularse la relatividad del tiempo y el espacio: la constante de la velocidad de la luz.

¹⁹ No nos parece casual que el modelo individualista atomista de Hobbes surja a la par de las teorías mecanicistas del cosmos, siendo ella misma una explicación mecanicista de la constitución del Estado.

²⁰ Cf. John Dewey y Arthur F. Bentley, *Knowing and the Known*. Boston, Praeger, 1976, pp. 133-140.

de ventajas y desventajas. Dewey piensa que podemos utilizar procedimientos (instrumentos) interaccionales o transaccionales en la investigación de distintas áreas o de una sola disciplina, dependiendo el enfoque. Por ejemplo:

Los organismos no viven sin aire y agua, ni sin ingestión y radiación. Ellos viven, más bien, tanto de procesos más allá y ‘a través’ de sus pieles como de procesos ‘dentro’ de sus pieles. Podríamos tanto estudiar un organismo en completo aislamiento de su medioambiente como podríamos intentar estudiar un reloj de pared eléctrico sin prestar atención a su cable de electricidad.²¹

Este corte en el campo de estudio delimitaría una investigación interaccional. O podemos pasar a un tratamiento transaccional, a un estudio del organismo como un todo, dependiendo de qué sea más productivo.

Sin embargo, si trabajamos con procesos comunicativos, piensa Dewey, debemos trabajar de forma diferente que con procesos físicos y fisiológicos: para entender lo que ocurre, debemos emprender una inspección transaccional, por lo que no nos servirán las “entidades” o partículas aisladas, sino que deberemos pensarlas en relación con actores o usuarios en acción. Es decir, requerimos el enfoque transaccional. Lo cual no significa que, de ser necesario, no podamos aislar una porción de una investigación transaccional, de forma que tengamos descripciones y reportes *parciales y provisionales*.²² Y en este sentido, es necesario tomar la precaución de que, al estudiar un fenómeno *interaccionalmente*, no perdamos de vista su propio carácter modélico –de constructo– de la investigación, pues de otra forma podríamos hipostasiar las descripciones como esencias o entidades independientes, como realidades antecedentes, poblando así el mundo de fantasías.²³

De acuerdo con lo anterior, Dewey apuesta por un modelo transaccional al hacer análisis de relaciones entre actores sociales, para lo que recurre a una distinción más: aquella entre asociación y comunidad.

De la asociación a la comunidad: eclipse vs. articulación de públicos

Los actos humanos tienen consecuencias, y el análisis del alcance de éstas requeriría un enfoque transaccional. Esto es así por la condición misma de

²¹ *Ibid.*, p. 139.

²² *Ibid.*, p. 142.

²³ El mismo *modelo* atómico que nos ha permitido ejercer un control tan impresionante sobre la acción de partículas subatómicas y las cargas de los núcleos –que tomamos como ejemplo– es interaccional y, por ello mismo, provisional y parcial. No *conocemos*

los actores sociales, que no se encuentran nunca aislados y cuyas acciones no pueden, por tanto, ser entendidas con independencia del contexto social o del entramado de relaciones en que se producen. Así, el punto de partida de Dewey son las consecuencias transaccionales (voluntarias o involuntarias) que los actos humanos tienen en los demás.²⁴ Cuando éstas afectan sólo a las personas directamente implicadas en una transacción, podemos decir que son de carácter privado; pero cuando las consecuencias de la transacción afectan a personas distintas de las *inmediatamente* implicadas, podemos decir que un público se ha formado, si bien no necesariamente se ha articulado.²⁵

Un público puede estar eclipsado o inarticulado por diversas razones: porque la atribución de poderes a los representantes se ha hecho por razones ajenas a consideraciones políticas (raza, clase, edad, género, etcétera) para perpetuar intereses dinásticos, de clase o de grupo;²⁶ por reducción de la actividad política del individuo a la elección entre candidatos, alejando al público de la maquinaria política de forma tan dramática que no pueda siquiera ver los órganos a través de los que se supone intervenga en la acción política y el gobierno; por la especialización política que tiende a tornar los asuntos gubernamentales en asuntos técnicamente complicados que sólo los expertos pueden entender a cabalidad y, por lo mismo, dirigir. Todo lo anterior, obviamente, alimenta la indiferencia y la apatía, que a su vez reproducen la continuada inarticulación del público.²⁷

En contraste, en un público organizado políticamente los afectados forman un grupo, se articulan y exigen ser reconocidos y nombrados; eligen representantes que se ocupen de sus intereses específicos (legisladores, ejecutivos, jueces, etcétera) y se dan a sí mismos una organización política a través de

al átomo, sino que lo intentamos comprender *modelando* las órbitas de los electrones y su trayectoria probabilísticamente, así como los núcleos de protones y neutrones.

²⁴ Cf. J. Dewey, *La opinión pública y sus problemas*, p. 63.

²⁵ Cf. *ibid.*, pp. 63-64. Como vemos, el enfoque transaccional es el más apto al tratarse de actos de influencia social, pues éstos involucran el aspecto de proceso comunicativo. Sin embargo, podemos recurrir al enfoque interaccional para analizar transacciones específicas, en sus consecuencias más inmediatas, de manera que adquiramos claridad sobre aspectos particulares de tal transacción. Esto es especialmente relevante en lo que hemos llamado “transacciones privadas”, en las que el trazado de un corte puede ser realizado más limpiamente; pero también podríamos hacerlo para simplificar y segmentar análisis de transacciones sumamente complejas.

²⁶ Cf. *ibid.*, pp. 98-99.

²⁷ Cf. *ibid.*, pp. 121-123. Este diagnóstico coincide, curiosamente, con la evaluación que los “realistas políticos” hacen de la democracia elitista y con el estudio de Toqueville en *La democracia en América*. A su vez, es similar al diagnóstico de las democracias contemporáneas que realiza Bobbio en *El futuro de la democracia*. Pero en Dewey es punto de partida, a diferencia de los realistas políticos, para quienes parece más bien ser punto de llegada, desde el cual ya no hay a dónde más avanzar.

la cual se pretende regular las consecuencias de las acciones conjuntas de las personas en tanto que individuos o grupos:²⁸ “Un público potencial es capaz de organizarse sólo cuando se logran percibir las consecuencias indirectas, y cuando es posible proyectar instancias que controlen su acción efectiva”.²⁹

Ahora, para Dewey, la vida asociada no lleva automáticamente a la articulación de públicos. Una sociedad es, desde su perspectiva, simplemente la vida de grupos *asociados* por las relaciones resultantes de las consecuencias directas e indirectas de sus acciones, pero sin integrarse lo suficiente como para regularlas. En cambio, la vida en comunidad es

[...] una actividad conjunta cuyas consecuencias se juzguen buenas por todas las personas particulares que intervienen en ella, y donde la consecución de ese bien produzca un deseo firme y un esfuerzo decidido por conservarlo justamente como lo que es, como un bien compartido por todos.³⁰

Entonces, un público organizado, en la época actual, se constituiría como una comunidad en la que, además de existir la actividad asociada, que es física y orgánica, la vida comunitaria se sostendría consciente y emocionalmente, es decir, de manera moral.³¹

Ahora bien, las transacciones humanas tejen redes cada vez más complejas y con consecuencias de alcance cada vez mayor. Fenómeno curioso que, al tiempo que por su ubicuidad limita el actuar humano, escapa de su alcance por su intangibilidad. Los grupos humanos nos encontramos más relacionados, más interconectados que nunca, pues las consecuencias de los actos nos asocian a un nivel global. Pero no hemos pasado de ser una Gran Sociedad, cuando de lo que se trata es de convertirnos en una Gran Comunidad: “una sociedad en la que las consecuencias en expansión constante y complejamente ramificadas de las actividades asociadas se conozcan en el pleno sentido de esta palabra, de manera tal que surja un Público organizado y articulado”.³²

Conclusiones

El divorcio existente entre conocer y hacer se refleja por un lado en la separación entre ciencia pura y ciencia aplicada, y por el otro en la distinción

²⁸ Cf. *ibid.*, p. 75.

²⁹ *Ibid.*, p. 127.

³⁰ *Ibid.*, p. 138.

³¹ Cf. *ibid.*, p. 139.

³² *Ibid.*, p. 156

entre el mundo natural y el de las relaciones sociales y políticas. El resultante es una ciencia ajena, alejada de la conducción de los asuntos humanos, y una forma externa de aplicación técnica de la ciencia, es decir, aplicación *para* los intereses humanos —con fines pecuniarios y de acuerdo al interés de una clase poseedora y adquisitiva— y no *en* ellos.

Como vimos en la introducción con el caso del coltán, hemos logrado adquirir un enorme control sobre las energías físicas. El problema es que este control no ha sido acompañado por el correlativo control del impacto que sobre los asuntos humanos tienen estas energías —sobre lo ecológico, lo social, lo económico o lo político.³³ El conocimiento científico se convierte, así, en un “conocimiento dividido contra sí mismo”, el cual

[...] ha desempeñado su papel en la generación de la esclavitud de los hombres, las mujeres y los niños en fábricas donde se convierten en unas máquinas animadas que se ocupan de máquinas inanimadas. Ese conocimiento dividido también ha perpetuado sórdidos suburbios, unas carreras profesionales ansiosas y frustrantes, una miseria absoluta y una riqueza ostentosa, una explotación brutal de la naturaleza y del hombre en tiempos de paz, y unos gases explosivos y nocivos en tiempos de guerra. [...]. El medio instrumental se convierte en amo y actúa de manera fatal, como poseído de una voluntad propia, no porque tenga voluntad, sino porque el hombre no la tiene.³⁴

Según Dewey, esta falta de control no está relacionado con la naturaleza intrínseca de este tipo de problemas, sino con la organización económica y jurídica de la sociedad y la monopolización del conocimiento, a través de las cuales la actividad es regulada por unos cuantos, quienes lo utilizan para sus intereses privados de clase, derivando en una noción purista de la ciencia y en una mercantilista de la tecnología.³⁵

Así, si en realidad “[...] el mismo tipo de introducción deliberada de los cambios y su manipulación que tiene lugar en el laboratorio se produce también en la fábrica, en los ferrocarriles y en las plantas de energía”,³⁶ la renuncia al control de consecuencias técnicas perfectamente controlables sólo se explica por el carácter pecuniario de la aplicación técnica de la ciencia. Aunado a esto,

³³ Cf. *ibid.*, pp. 150-152.

³⁴ *Ibid.*, p. 152. Es necesario hacer notar que Dewey escribe *The Public and its Problems* en 1927, y su diagnóstico sigue siendo pertinente y acertado noventa años más tarde.

³⁵ Cf. J. Dewey, “By nature and by art”, en *op. cit.*, p. 286; J. Dewey, “El arte de la aceptación y el arte de dominio”, en *op. cit.*, pp. 69-73.

³⁶ J. Dewey, “El arte de la aceptación y el arte de dominio”, en *op. cit.*, p. 73.

la asociación forzada resultante de los procesos de producción, comercialización y de globalización económica y mundialización es todo menos sociable. La inarticulación de las asociaciones resultantes se presenta como obstáculo para la formación de públicos capaces de poner coto a las consecuencias de dichos procesos, es decir, para la formación de públicos organizados o comunidades.

Y poniendo punto final a este artículo con la imagen en la cabeza de la vida infernal de cientos de infantes dentro de una mina de coltán, cobra sentido el ideal deweyano de la Gran Comunidad como ideal regulador, como instrumento mediante el cual comenzar la introducción de cambios para la reordenación de la realidad.